

# AL VIENTO

Carlos Enrique Arias Villegas

Licenciado en Español y Literatura de la Universidad de Antioquia. Especialista en Educación Personalizada de la Universidad de Manizales. Psicólogo de la Universidad Católica del Norte. Máster en Neurotecnología y Bioinformación de la Open University of Advanced Sciences Inc. Ingeniero Industrial de la Universidad de Antioquia. Especialista en Métodos y Técnicas de Investigación de las Ciencias Sociales de la Fundación Universitaria Claretiana. La propuesta pedagógica “Aula Investigadora: la investigación como un proceso de lectoescritura y la lectoescritura como una herramienta fundamental de la investigación” le significó ser reconocido como Gran Maestro por la Fundación Compartir al Maestro 2019.



*A la memoria imborrable de los campesinos, obreros, indígenas, afros, sindicalistas, niños y maestros asesinados en Colombia.*

**T**al vez el viento te arrime estas palabras y quieras atenderlas: aquí late toda esa rabia derramada. Es una ira que no recula ante los gusanos ni el tiempo ni el olvido y se revuelca en este parche de sangre que dejaste, sin hallar alivio en tu silencio. No es una amenaza, solo queríamos que lo supieras.

La mortificación es grande porque no sabemos quién eres ni para quién trabajas; oramos a Dios para que no te mate antes de conocerte y poder conversar de esto; no te haremos daño, porque nada que hiciéramos compensaría lo que perdimos. Si te mostraras, desandaríamos el tiempo, y hasta es posible que inventemos un duelo o una mentira para seguir viviendo.

El espanto aún nos enferma y enflaquece, con todo y las terapias de olvido que contrató el gobierno y los mercaditos de la caridad local. Cualquier estrépito o llanto de gente que empuja el viento revive los cientos de formas en que tu rabia cayó sobre nosotros y desordenó la vida para siempre.

Te parecerá absurda esta idea: sin saber todavía quién eres no queremos olvidarte. No podemos. Eres lo único que ahora somos. Psiquiatras y expertos creen que desvariamos. Afirman que lo nuestro es una invención enfermiza: “una histeria colectiva” revelan en sus redes, apoyados en cantidades de informes “clínicos” contra nuestras palabras repetidas y arrancadas a este infierno tuyo. Gracias a ellos, además de trastornados, también somos peligrosos. Quieren que cerremos “el ciclo de dolor”; sí, “borrón y cuenta nueva” proponen, pero no, nunca consentiremos un duelo que nos haría cómplices de los hechos, tú mejor que nadie sabe eso, porque al igual que nosotros, seguramente tampoco puedes dormir. No se puede descansar con tanta ruina en el alma.

Valorada la evidencia, nada prueba que estuviste aquí. Los únicos testimonios son los gritos de los que capturabas, y que sospechamos, ibas descuartizando a pedazos, porque hay demasiada sangre en este playón y sus lamentos todavía nos persiguen. Casi toda la gente de este caserío desapareció esa noche. Tantos Pedros y Marías; tantos Luises y Martas; tantos Marcos y Bertas, tantos Ricardos y Arindas;

tantos Vicentes, Guillerimos, Jaimes, Carlos, Samir, Anuar y Eger. Así como tantas Rubielas, Irenez, Edenis, Alicias, Yoryanis, Marcelinas, y tantas almas inocentes aun sin bautizar que no volvieron después de esa noche para decirnos cómo eras. Solo un apodo tuyo persiste en el relato, ni siquiera es un nombre humano: “Machete”. Tres sílabas que hielan la sangre y desvanecen los rostros familiares. El cielo dejó de serlo en esta parte del monte, solo queda ese rojo hediondo parecido a tu felonía.

¿Sabías que las personas que desapareciste eran siempre cálidas y generosas? Diversos apellidos y una sola familia, por eso los extrañamos. A veces oramos a los cielos sin otra religión que la culpa por haber sobrevivido, pidiendo que revele por qué nos arrancaron de la tierra como si fuéramos maleza o parte de algún programa social que el gobierno determinó como “insostenible”; entendemos que la economía es más importante que lo demás, pero por lo menos nos hubieran avisado. Hasta a los animales se les avisa: se les pega un grito y ellos entienden y se van, pero ni siquiera eso. Aquí los gritos los dimos nosotros, y era el mismo en todas las voces: “¿por qué?!” “¿por qué?!” “¿por qué?!” pero tú sabes eso, porque hacia ti iban dirigidos.

Los miércoles venimos a este playón de ejecuciones y caminamos en silencio sobre la sangre que permanece a pesar del tiempo, la misma que habla de ti sin mencionarte. Quisiéramos creer que están aquí, especialmente los niños de la escuela, les conversamos largo sobre la gente del pueblo donde ahora estamos: *ellos pasan por el semáforo y aceleran a fondo sus carros costosos, huyéndonos, como si fuéramos una mala enfermedad. Unos pocos nos arrojan monedas, a veces nos compran las bolsas para la basura o los tarros de agua, no sé si por lástima o penitencia. Nosotros los bendecimos por habernos visto y para que vuelvan. No son malas personas, solo son de otro mundo. No te imaginamos hablando con tus víctimas ni antes ni después de ejecutarlas, ¿qué podrías decirles? Antes de abandonar tu playón de sacrificios dejamos varias botellas de agua, ellos deben tener mucha sed después de tantos gritos. Agua parecen pedir en el viento seco que talla las piedras y levanta polvo rojizo, recordatorio de esta agonía sin aviso.*

Vivimos en un solo sobresalto creyendo que alguno de los que camina detrás o al lado de nosotros eres tú, y cerramos los ojos mientras te acercas, esperando el golpe filoso que ha de aliviar esta tribulación, pero no, es solo otra persona que no nos ha visto, o algún vagabundo que va por ahí como nosotros, seco por dentro.

A veces sumamos todos esos miedos para reírnos unos de otros, y carcajeamos como tontos sobre el amago de la muerte por las tardes en los sitios oscuros o en los callejones abandonados.

¿¿Amaneciste?!, nos dice la gente de este pueblo en tono burlón cada nuevo día, pareciera otro día, pero es mentira, es la misma fecha inmóvil que se alarga sin término desde aquella noche, necesitamos una señal tuya para no repetir el mismo miércoles en el que damos vueltas, esperando de ti informes de estas muertes.

Por si el viento te acercó estas palabras, escucha: extrañamos a los nuestros, los necesitamos para recomponer la esperanza que se perdió esa noche ¡Si al menos nos dijeras a dónde los llevaste! ¡No importa si solo están los meros huesos o si ya son tierra, precisamos reencontrarlos! Sé que este pedido te parecerá extraño por la noche en que caminas. Nosotros somos otra cosa: adictos al afecto al contacto al rastro del otro así sea en el osario final donde duerme su memoria, para recordar la risa y el garbo de los nuestros o las diferencias y miedos que nos enfrentaron, y aunque solo sea por ese momento buscaremos resonar con la vida que éramos, ¿te asusta que la sevicia dejada en los restos perfila algo de tu persona y sea más fácil localizarte? ¿Te preocupa que volvamos a tener esperanza y a erigirnos como vengadores? Descuida, nada más lejos de la realidad. Déjame explicarte, es muy simple, solo danos una cosa: ya no importa si no sabemos quién eres ni para quién trabajas o por qué lo hiciste, solo devuélvenos los cadáveres o lo que quede de ellos, no te conviene dejarnos con esta muerte a medias, piénsalo, necesitamos encontrarlos para experimentar otro día de la semana, o para terminar de morir. ■